



INMA ARÁN
@bella_bamba

EL CIERVO QUE COMÍA SOPA DE FIDEOS

Y OTRAS HISTORIAS DE BICHOS LOCOS

INMA ARÁN
@bella_bamba

EL CIERVO QUE COMÍA SOPA DE FIDEOS

Y OTRAS HISTORIAS DE BICHOS LOCOS



m̄

© Inma Arán, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Diseño del interior: © María Pitironte

Ilustraciones de cubierta y del interior: © María Mena Viña

Primera edición: mayo, 2022

ISBN: 978-84-270-4983-3

Depósito legal: B. 6.381-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.



ÍNDICE

Prólogo por Carmen Amoraga, 10

Introducción, 14

1. Lucas O – Mi familia 100 , 20
 2. Romeo, un lobo sorprendente , 27
 3. La línea 42 , 33
 4. Toldo, siempre a mi lado , 40
 5. Nuestro osezno Naruto , 45
 6. La luz de Sol , 54
 7. Un invitado muy especial , 62
 8. El extraño caso de Cara , 69
 9. La elefanta en apuros , 75
 10. Los vengadores , 82
 11. El ciervo que comía sopa de fideos , 90
 12. Un perro llamado Valiente , 99
 13. Pobre Donald , 107
 14. El plan «hacer que Canela recuerde lo que es el amor» , 113
 15. Mi historia de amor con Arpa , 119
- 

- 
16. Hay un amigo en mí , 125
 17. La mirada de Max , 131
 18. El poder de la amistad , 138
 19. El misterio de las gallinas blancas , 145
 20. El hombre sabio , 152
 21. Luna Creciente , 159
 22. Los celos de Mary , 164
 23. Un pingüino agradecido , 171
 24. Los ojos de la gatita , 178
 25. Tula, una madre valiente , 184
 26. Mi búho Perico , 190
 27. Hijos del corazón , 197
 28. Una pareja de gansos muy especial , 206
 29. La lección del aguilucho , 214
 30. El amor nos da superpoderes , 221
- Agradecimientos, 227*
- 



Volvía de tomar un helado con mis amigas cuando oí pasos detrás de mí. Estaba en una calle solitaria y hacía varias horas que era noche cerrada. Sin atreverme a mirar hacia atrás, aligeré el paso. Se me paró el corazón cuando escuché que lo que me seguía también caminaba más rápido. Sin pararme a pensar, salí corriendo todo lo que mis piernas me permitieron hasta que llegué a casa. Empujé la puerta con fuerza y entré.

—¡Mamá, mamá, alguien me ha estado siguiendo todo el camino! ¡Me muero de miedo!

Mis padres salieron corriendo a ver qué ocurría en la calle y se encontraron con el terrible perseguidor, un perro callejero, todo piel y huesos, con los ojos tristes, pero moviendo la colita. Se había divertido mucho haciendo carreras conmigo.

Nos compadecimos de él y lo dejamos entrar. Mi padre ya le estaba preparando algo de comer.

—Al perro no se le pone nombre, que después nos encariñamos y ya sabéis...

—«Tendréis un perro cuando seáis mayores y tengáis vuestra propia casa» —coreamos mis hermanos y yo a la vez. Papá recitaba ese mantra cada vez que salía en la mesa el tema de tener un perro familiar.

No hacía falta ponerle nombre, mis hermanos y yo lo teníamos decidido desde hacía tiempo.

—El primer perro que tengamos se llamará Lucas.

—¿Y si es chica?

—Entonces se llamará Luca.

Nos dimos las manos en señal de acuerdo. Pocas veces mis hermanos y yo llegamos a un acuerdo. De hecho, creo que esa fue la primera y la última vez que lo conseguimos.

Por eso no hacía falta ponerle un nombre, ya lo tenía.

Lucas comió con ansia todo lo que le pusieron mis padres y, además, la mitad de nuestra cena. Se colocó estratégicamente debajo de la mesa, mis hermanos y yo le fuimos dando todo lo que no nos gustaba de nuestros platos. Lucas tuvo suerte, porque esa noche había menestra de verduras para cenar. Odio la menestra,

tanta verdura cortada en trocitos pequeños, que no sabes ni lo que te metes en la boca. Parece que a Lucas sí le gustaba...

Mi padre nos avisó muy serio de que el perro dormiría en la cocina y que al día siguiente por la mañana, muy temprano, deberíamos ir a los veterinarios y a las protectoras de la zona a contarles lo de Lucas. El perro podría ser de una familia que lo estuviera buscando. También lo difundiríamos en las redes sociales a ver si alguien lo reconocía.

Lucas debía tener sangre aristocrática, porque mientras mi padre colocaba unas mantas en la cocina y le explicaba que ese era su lugar, saltó con elegancia a nuestro mejor sillón, se enroscó allí y se durmió al calor de la chimenea. Mi padre se quedó con cara de tonto, pero no tuvo corazón para echarlo de allí.

Lucas 1 - Mi padre 0

La verdad es que pusimos mucho interés en encontrar a la familia de Lucas. Tanto mis hermanos, como mis padres y yo misma revolvimos la ciudad, pero nadie parecía interesarse por nuestro saco de huesos.

Mi padre compró un sesudo manual de educación canina. No hizo falta leerlo. Lo único que teníamos que hacer era adelantarnos a los deseos de Lucas y dejar que hiciera lo que quisiera. El sistema funcionaba de maravilla. Todos éramos felices así, sobre todo Lucas, claro. El libro quedó muy decorativo en nuestra estantería.

Lucas 2 - Mi padre 0

En una semana se había integrado totalmente en la vida familiar. Por la noche dormía en la cama de mis padres, con la cabe-



za apoyada en las piernas de él. Sí, como lo estoy contando. Mi padre se hacía el duro, pero tenía el corazón de mantequilla derretida.

Lucas 3 - Mi padre 0

Lucas nos desconcertaba mucho, hacía cosas muy raras. Metía en casa todo lo que se encontraba en el jardín. Zapatos, un libro, juguetes, hasta la bolsa de la basura nos la devolvía diligentemente a la cocina. ¿Quién le habría enseñado a meter en casa la bolsa de la basura? Eso no tenía sentido.

Otra costumbre que nos volvía locos era que se subía en cualquier coche que tuviera la puerta abierta. No podíamos des-pistarnos ni un segundo, más de una vez tuvimos que regresar a casa a devolverlo porque estaba sentado en silencio en la parte de atrás.

Lucas era muy raro.

Una tarde en la que estábamos jugando con él en el jardín delantero de casa, una camioneta paró bruscamente. Una familia completa bajó gritando, muy nerviosa.

—Rocky, Rocky, ¿eres tú?

—¡Mamá, es Rocky, es nuestro Rocky!

Lucas estaba feliz, movía la cola ansioso, se los comía a lame-tones, lloriqueaba de pura ansiedad. Mi perro era feliz, los había reconocido, no cabía duda.

La familia de Lucas había aparecido al final.

Mi madre, muy amable, los invitó a entrar en casa. Allí nos explicaron que Rocky se les había perdido durante un paseo noc-

turno por la montaña. Resultó que vivían en nuestra misma calle, a menos de un kilómetro de distancia.

Habían enseñado al perro a recoger los juguetes de los niños del jardín y también a subirse en el coche cuando le abrían la puerta porque todos los días acompañaba al padre de la familia a su trabajo.

El misterio estaba resuelto.

Por si dudábamos, sacaron un teléfono y nos enseñaron varios cientos de fotos de Rocky desde que era un cachorro, en Navidad, de excursión, en fiestas familiares. Era un perro muy querido y cuidado.

Lucas no era mío. Había que devolverlo.

La familia solo tuvo que abrir la puerta de la camioneta y Lucas saltó dentro lleno de alegría. Se fue sin despedirse, sin mirar atrás, sin remordimientos. A nosotros nos dejó hechos polvo.

Nuestra casa se quedó vacía, de repente todo era silencio. Lucas se había llevado el bullicio, los juegos, las risas. Nuestra vida era mucho más triste. Hasta mi padre lo echaba de menos, aunque decía que ahora dormía más cómodo. Mis hermanos sollozaron cuando apareció una pelota de Lucas olvidada debajo del sillón. Mi madre seguía guardando las sobras de la comida, lo hacía por costumbre.

Yo tuve que volver a cenar toda la menestra de verduras.

Una noche, mientras cenábamos en silencio, escuchamos rascar la puerta.

—¡Es Lucas!

—¡Lucas ha venido!

Salimos todos corriendo a abrirla. Allí estaba nuestro Lucas, sonriente, moviendo la cola.

—¡Lucas, bonito, Lucas mi amor!

—Lucas, ¿has venido a visitarnos?

—¡Cómo te he echado de menos! —decía mi padre. Sí, mi padre.

Le dimos de cenar, lo acariciamos, lo achuchamos, pero sabíamos que teníamos que devolverlo a su casa. Le pusimos la correa que se había quedado colgada en el recibidor y lo llevamos con su familia.

Allí nos explicaron que Rocky ya no era igual, que intentaba escaparse para volver con nosotros. Que comía poco y lo veían siempre triste. Que hacía cosas raras, como subirse a la cama con ellos y apoyar la cabeza en sus piernas, que no les dejaba dormir bien.

Las dos familias nos miramos en silencio.

¿Y si dejamos que Lucas decida? Vivimos muy cerca. Dejamos a Lucas en el centro de la calle y que él decida donde quiere vivir. La única norma es que no se le llama, ni se le mira, ni se le invita de ninguna forma posible.

Parece un disparate, ¿verdad? Nos quedamos todos mirándonos con cara de tontos, sonreímos y nos dimos la vuelta dejando al perro solo. Cada familia se fue a su casa sin llamar ni mirar a Lucas.

Lucas vino con nosotros, nos eligió. Yo creo que se acuerda de cuando lo rescatamos de la calle hambriento y con frío. Y que le gusta demasiado mi menestra de verduras.

Lucas 0 - Mi familia 100